
UN CIENTIFICO MEXICANO DEL SIGLO XIX. LEOPOLDO RIO DE LA LOZA.

JUAN XIRAU P.
México, D.F.

El siglo XIX no fue pródigo, en los países de habla española, en figuras destacadas en el campo de la química. No obstante, sobre aquel fondo gris se destaca con luz sólo empañada por su modestia, la labor realizada por una figura mexicana que por la época me atrevo a calificar de extraordinaria: Leopoldo Río de la Loza.

Río de la Loza fue un iniciador, un divulgador, un maestro.

Es con una mezcla de respeto y admiración que escribo estas palabras sobre el que fue Presidente de esta Sociedad de Historia Natural.

Río de la Loza puede considerarse, en efecto, como el primer químico mexicano; antes de él la química en México tiene aún mucho del misterio y de la magia de la alquimia. Por no tener en aquel tiempo el valor de una verdadera ciencia, no existían escuelas especiales, ni Facultades de Ciencias Químicas, ni Escuelas de Ingenieros Químicos.

En los años que me honré como profesor en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, de Morelia, tuve ocasión de encontrar en la magnífica Biblioteca Popular de aquella ciudad, desgraciadamente demasiado descuidada, la recopilación de sus trabajos hecha en 1911 por el señor farmacéutico D. Juan M. Noriega por encargo de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, para conmemorar el primer centenario del nacimiento del patricio.

Ello me permite escribir estas palabras habiendo tenido a la vista toda la abnegada labor realizada, con tanta modestia como entusiasmo, por el maestro y me parece justo dedicarlas en esta Sociedad a la destacada figura de tan excelso mexicano: al hombre y al maestro.

Ojalá y supiera con ellas rendirle el homenaje que se merece.

Don Leopoldo Río de la Loza nació en la ciudad de México el día 15 de noviembre de 1807.

Desde su más temprana edad se vio obligado a compartir los trabajos de su padre en la fabricación de productos químicos. Posiblemente a esto se debió su afición posterior al estudio de esta ciencia, pero fue causa indudable de que perdiera su salud por el resto de su vida.

En 1827 obtuvo brillantemente el título de cirujano, emprendiendo enseguida los estudios de farmacia y con dispensa edad obtenía su título en 1833. Título que le valió el cargo de vocal en el Consejo de Salubridad. En aquel tiempo y con motivo de la primera epidemia de cólera, llamó la atención al entonces Presidente de la República don Valentín Gómez Farías por su extraordinario celo. Poco tiempo después terminó la carrera de Médico.

Ya en posesión de sus Títulos se dedicó hasta el fin de su vida al estudio de la química.

Pero antes de hacer público sus vastos conocimientos se preparó en privado; montó en su casa un ensayo de laboratorio e hizo con su propia familia un ensayo de profesorado...

Pero oigamos lo que dice de él uno de sus mejores biógrafos, D. Gabino Barrera: "Lo que absorbió siempre y de preferencia su atención era la ciencia de Berthelot y de Lavoisier, y muy especialmente las complicadas, minuciosas y precisas operaciones del análisis, cuyas manipulaciones ejecutaba con una delicadeza y una propiedad científicas intachables..."

"...Cuando llegó a adquirir profunda versación en las manipulaciones prácticas, cuando hubo asimilado todo lo que la ciencia había adelantado hasta entonces, cuando en el silencio de su gabinete y en medio de los utensilios y aparatos de su laboratorio se consideró suficientemente preparado para su importante misión, comenzó con el entusiasmo de un apóstol y la abnegación de un héroe, su trabajo de propaganda científica que constituye su

principal título a nuestra gratitud".

"Durante ocho años en su laboratorio privado y haciendo casi siempre él mismo los gastos necesarios para sus demostraciones, se dedicó a difundir entre sus discípulos particulares los sólidos conocimientos que había almacenado en su bien organizado cerebro. Sus lecciones fueron siempre una escuela práctica y fue siempre la comprobación práctica lo que cautivó su atención y lo que le tenía embargado del todo".

"Pero su principal papel entre nosotros –sigue diciendo– fue el de un propagador infatigable, el de un Mesías que debía anunciarnos la buena nueva del cultivo efectivo y general de las ciencias que ponen la experiencia y la observación como criterio de toda aserción".

"...La difusión de los conocimientos experimentales entre nosotros era una imperiosa necesidad y Río de la Loza la llenó cumplidamente".

La llenó en su laboratorio particular; la llenó en la clase de la Escuela de Medicina que se instituyó por él; la llenó en la Escuela de agricultura, cuya cátedra de química aplicada estuvo a su cargo. La llenó cumplidamente en la Escuela Preparatoria que tuvo la feliz honra de tenerlo como profesor desde 1968 hasta 1872 en que las exigencias de una penosa enfermedad le impidieron satisfacer los impulsos de su voluntad de hierro". "La llenó en las cátedras de análisis químico que desempeñó todavía un año más en la Escuela de Medicina a pesar de sus continuos sufrimientos físicos; la llenó, en fin, en todas partes".

Muchos y muy honrosos fueron los puestos que estuvieron a su cargo desempeñados todos con acierto e integridad: Inspector de la Aduana; Vocal de la Junta directiva de Estudios; Visitador de la Casa de la Moneda; Presidenta de la Comisión Promovedora de Mejoras de los Hospitales; Miembro del Consejo de Salubridad; Director primero de la Escuela de Agricultura y luego de la de Medicina, etc., etc.

Fueron numerosas las Sociedades Científicas que tuvieron la honra de contarle en el número de sus miembros: miembro de la Academia Nacional de Ciencias; de la Sociedad Humboldt; Presidente de la Sociedad de Historia Natural, etc.

En 1858 recibió diploma de la Sociedad Imperial de Zoología y Aclimatación de París; fue socio de la Academia de Medicina de Madrid; en 1870 le envió su diploma al Museo de Ciencias, Literatura e Industria de New York...

Entre sus trabajos más notables, merecen citarse: una "Introducción al estudio de la Química" en el que se esfuerza en hacer uniforme el idioma científico y con gran método y orden expone los conocimientos que entonces eran admitidos generalmente.

Un informe presentado a la Sociedad Mexicana de Historia Natural: "Aguas potables de México" notable por su precisión y deducciones.

Un estudio sobre los pozos artesianos y las aguas naturales más en uso en la ciudad de México, con algunas notas relativas al corte geológico del Valle y una lista de las plantas que vegetan en las inmediaciones del desierto viejo (publicado en el Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística, Suplemento al tomo VI 1ª época, pag. 9-19.)

"Apuntes sobre algunos productos del maguey" trabajo químico de los más interesantes y que a nuestro parecer debería continuarse.

"Del senecio en el tratamiento de la epilepsia".

"Terapéutica. Apuntes sobre los efectos de la tarántula administrada al interior".

"Dictamen acerca de las cañerías de plomo".

"Química. Un nuevo reactivo". Interesante trabajo publicado en el periódico de la Sociedad Filoiátrica de México y en el que señala el importante papel que a su parecer puede tener en química como indicador y en la industria de colorantes el zumo del *Rubus fruticosus*".

"El origen del tequesquite en el lago de Texcoco".

Y otros muchos trabajos, memorias y dictámenes hechos todos con la modestia y claridad de exposición característica de los grandes hombres.

Su obra, vista desde su época es verdaderamente la de un gran maestro. Sus escritos no deben naturalmente apreciarse tomando como término de comparación los conocimientos químicos actuales. Hacerlo así sería tan injusto como llamar a Lavoisier atrasado porque no conoció las modernas teorías atómicas...

Pero su obra, por su época, es la de un hombre de genio. Mexicano amante como el que más del adelanto de la nación en todos los órdenes de conocimiento; maestro de protesta contra las rutinas y que ya entrevé horizontes nuevos para la química, guiando a sus discípulos por caminos nuevos, inculcándoles el horror a los métodos irracionales y rutinarios; consejero de muchos gobiernos a los que indicó el mejor camino para el adelanto de las ciencias, el progreso de la agricultura, el aumento de la riqueza y defensa de los bosques...

Esta es, a grandes rasgos, la figura de este hombre infatigable, bueno y sabio.

Su muerte tuvo lugar el día 2 de mayo de 1874.

Con ello este país perdió en toda la extensión de la palabra, un hombre y un maestro.